

EDITORIAL DE EL PAÍS, MADRID

Hace un año, a raíz de las fraudulentas elecciones que permitieron al presidente Mahmud Ahmadineyad seguir en el poder, Irán, efervescente, parecía al borde de un cambio trascendental. El tiempo ha puesto sordina a aquellas expectativas. Los iraníes se quedaron ayer en sus casas, aleccionados por los mismos que les pedían en 2009 echarse a la calle. Los Guardianes de la Revolución habían advertido de las consecuencias que tendría intentar repetir las protestas de entonces, saldadas con decenas de muertos.

¿Qué ha sucedido con el *movimiento verde*? La oposición reformista encabezada por los dos más relevantes candidatos presidenciales, Mir Husein Musavi y Mehdi Karrubi, se mantiene nominalmente, al igual que sus demandas de libertad política. Pero la desmoralización es evidente y la militancia es ahora subterránea y declarativa, abandonada la confrontación directa con el poder integrista. El precio pagado por los iraníes opuestos a la dictadura de Ahmadineyad ha sido muy alto en sangre, cárcel y exilio. Muchos ya no están dispuestos a arrostrarlo y algunos creen que a Musavi y Karrubi les falta ya el coraje necesario para enfrentarse con el régimen. El miedo ha hecho su trabajo y preocupaciones mucho más prosaicas cobran protagonismo acelerado un año después de la gran esperanza: la imparable inflación, que ronda el 40%, el creciente desempleo.

El poder aprendió la lección de los violentos tumultos de 2009, cuando se vio al filo del abismo. Pasado el periodo de frenesí que siguió a las elecciones falseadas, cuando la brutalidad se hizo absoluta y con ella el asesinato y la tortura, Teherán ha retomado la represión metódica. Mientras prosigue su carrera hacia el arma atómica, el régimen clerical cierra periódicos, prohíbe partidos, intercepta las comunicaciones, controla Internet, revive campañas para *moralizar*

la vida pública... Los Guardianes de la Revolución resultan decisivos, reforzando su poder por un Gobierno del que son fundamentales valedores. Suyo es el control de la maquinaria del Estado y el de la calle, del espionaje y la economía; suya la dirección de los programas militares clave del Estado iraní.

Sin duda, la base de Ahmadineyad y su jefe supremo, el ayatolá Alí Jamenei, es hoy menor que hace un año. Al igual que su legitimidad. Pero su control social y político se ha recrudecido, como fue puesto ayer de manifiesto por el silencio iraní.